

EL RADICAL

SEMANARIO POPULAR

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre. 0'75 pesetas
Pago anticipado

TORTOSA

Sábado 20 de Julio de 1912

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza O'Callaghan, núm. 5

Sigue la persecución

Cerca de los almacenes y depósitos ferroviarios del Onest-Etat, en París, las Hermanas de San Vicente de Paúl tenían un colegio de niños. Todos los arrapiezos y todas las chiquillas del barrio obrero hallaban albergue en él. Había un pequeño jardín, ó más bien un humilde huertecito de convento provinciano, entre sus muros; un tazón de agua con nenúfares, un macizo de rosas campesinas, dos ó tres acacias que en las noches calinas exhalaban su aroma por encima de los tapias, unos cipreses cuya fronda puntiaguda se teñía de naranja, de cobre, de oro, conforme descendía el sol en las tardes de primavera. Era como un lugar de dulzura y de paz, en medio del trajín afanoso de las multitudes proletarias, junto á los muros negros del humo de las fábricas, temblorosas al trepidar de las plataformas giratorias y al aullido de las locomotoras infatigables.

En la hora del reposo, ennegrecidos por el carbón y por la grasa de las máquinas, conductores y fogoneeros acudían á la puerta del jardín: los chiquillos iban saliendo, limpios, risueños, hartos de jugar en la rosaleda los más traviesos, sugestionados aún por los relatos de sor Genoveva ó sor María los precozmente soñadores, ávidos ya de esa literatura infantil, cuyo encanto de ingenuidad en vano quisiera imitarse. Y con el rapaz, de la mano del padre, en cada miserable hogar entraba un poco del aroma del huertecillo humilde, un poco de la casta serenidad de las candidas y religiosas mujeres, un poco de resignación, un poco de idealidad...

Pues el Gobierno ha decretado la clausura del pobre colegio. Y todo el barrio ha acogido con desolación la nueva.

—¿Por qué nos han de echar—ha contestado á un «reporter» la Superiora— cuando á nadie hacemos daño? Si está ordenado así, nos iremos. Pero, ¿qué será de estos niños, cuyas familias trabajan toda la jornada? ¿Dónde se albergarán sin riesgo las pobres criaturas dispersas? Si se oyera la opinión de sus padres, seguro es que no nos expulsarían.

—Es verdad, no queremos que las expulsen—han dicho los trabajadores.—Nosotros, ya ve usted, no

somos muy religiosos. ¿A qué resucitar ahora una cuestión de clericalismo? Pero es por los rapaces, que están seguros en manos de las Hermanas, sin los peligros de la calle y sin los riesgos de la educación al aire libre, por lo que no queremos que las echen. A falta de sus madres, entretenidas con la tarea diaria, nuestros hijos hallan en ellas afecto como el maternal. Privarnos de ellas es, pues, estúpido y cruel.

—Estamos hartos de esta farsa persecutoria—han manifestado otros;—las Hermanas serán fanáticas, tal vez; pero cuando M. Clemenceau necesita que lo cuiden en sus enfermedades, se entrega en manos de religiosas y las elogia sin reparos. ¿Por qué lo que es bueno para el gran político anticlerical ha de ser malo para el pueblo?

Y todo eso es verdad. Pero los señores del Gobierno no hacen de ello el menor caso. Así, dentro de unas semanas, mientras las rapazuelos desgredados juegan en las aceras del arrabal, junto á los montones de inmundicias y de carbón, y se inician en el «argot» callejero, y se aventuran por las vías centrales de la grande y trágica ciudad, la campanita del colegio habrá enmudecido, la rosaleda estará desierta, y sor María, que cuidaba de que los pequeñuelos no se arrimasen al estanque, y sor Genoveva, que sabía contar tan maravillosas fábulas, y todas las Hermanas, que andaban dulcemente, como fantasmass, sin hacer ruido, se habrán ido muy lejos, Dios sabe dónde...

Con el garrotín, con el garrotán

El grave, el severo D. Facundo, arrojó lejos de sí el periódico que leía y se colocó, de un salto, delante del espejo de luna. La cabeza, cansa, ladeada con gracia; la sonrisa en los labios; los ojos llenos de miradas picarescas; los brazos levantados; las manos abiertas... Mientras las hacía temblar con ligereza, D. Facundo, con voz algo cascada, tarareó un garrotín:

Trán, trán, trán,
tatatrán, tatatrán, tatatrán...

y contorsionó su cuerpo y taconeó de firme.

Luego se detuvo y gritó:

—¡Caralampia! ¡Caralampia!

Se presentó su mujer. Gruesa,

moletuda, con una berruga junto al labio superior y un lunar de pelos en la barba.

En cuanto se presentó á su marido, le dijo éste:

—¡A ver cómo te las compones para bailar un garrotín!

—¡Yo, un garrotín! ¿Pero te has vuelto loco?

—¡Es todo un proyecto! Prueba a ver...

Que quiso, que no quiso, le caló hasta las orejas un sombrero de fieltro que sacó del armario, y la hizo colocarse en posición de baile.

—Vámonos a ver. A una, a dos...

Trán, trán, trán...

La gracia de aquella mole, algo así como una ballena en seco, que procuraba moverse sin conseguirlo y cuyas carnes temblaban como si fueran de gelatina, aterrorizó á D. Facundo.

—¡Detente!—gritó.—¡Es imposible; nos matarían!... Veamos este otro. Canta un *couplet*.

—Yo... ¡pero, hombre!

—¡Canta, te digo!

La buena mujer cantó con voz de rata perseguida:

—Tengo dos lunares,
tengo dos lunares...

—¡No!—la interrumpió su cónyuge.—Esa copla no, porque la gente va á decir que lo que tú tienes es un lunar y una berruga. Canta otro.

—No sé más.

—¡Eres inútil!

—Pero, Facundo, tú nunca has sido así. Temo por tu razón. Antes eras dulce, complaciente, nada amigo de extravagancias, y ahora...

—Ahora busco la felicidad de todos nosotros... Anda, llama a Agapita, a ver si ésa sirve.

Llegó Agapita, con sus quince años lazos. Delgada, pálida, anémica, tenía la barba puntiaguda, la nariz puntiaguda, las orejas puntiagudas y toda ella parecía una aguja de coser esteras.

—Vaya, niñita, ¿serías capaz de bailar un garrotín?

—¿Yo?

—Sí, tú...

—Pero, papá... pero, mamá....

—Nada de peros; aquí lo que se necesitan son garrotines. Vaya, empieza.

—Es que...

—¡A bailar, he dicho!...

Trán, trán, trán...

A la chica no se le pudo poner el sombrero de fieltro, porque se le en-

traba hasta el pescuezo, pero bailó sin él.

Los brazos parecían dos palos pendientes de los hombros. El cuerpo parecía que iba á quebrarse.

—¡Más gracia, hija! ¡más gracia! —le decía su padre; pero no podía ser.

—¡Basta! ¡Tampoco sirve!—murmuró con desaliento D. Facundo.

—Pero ¿qué es lo que intentas? —le preguntó su mujer.

—Siéntate y oye—le replicó don Facundo, y añadió con acento grave:

—Tú me conoces, Caralampia.

—Naturalmente; si hace veinte años que nos casamos.

—Tú sabes que yo he sido siempre un hombre honrado, trabajador, decente, buen ciudadano...

—Certísimo; tanto, que yo estoy orgullosa de haberme casado contigo.

—Gracias, Caralampia. He procurado formarme un hogar honrado, dar hijos á la Patria, hombres que la defiendan, mujeres que sean modelo de ciudadanas. Desgraciadamente, ni mi trabajo continuo, ni mis desvelos incesantes me han producido nunca lo suficiente para no pasar ahogos y para sustentar á mis hijos de modo que el raquitismo no los aniquile. Quise realizar, en beneficio de la Patria, aquello de *mens sana in corpore sano*; pero el Estado, que sólo atiende a poner contribuciones y a sacarle el unto al pueblo, y la sociedad, defectuosísima, que sólo busca el placer sin importarle la justicia y la equidad, se convirtieron en mis dos mayores enemigos, y aquél con sus impuestos y ésta con su deplorable modo de retribuir el verdadero trabajo, me han hecho pasar vida de perros y han destruido mis ilusiones.

—Sí, hijo, es verdad todo eso, pero no veo que tenga nada que ver con el garrotín.

D. Facundo tomó el periódico que, antes, abandonara, y leyó el siguiente suelto:

«Esta noche se espera á la famosa Pajarita, bella y escultural cupletista, que viene contratada sólo por dos funciones. La empresa, deseosa de corresponder á los favores que le dispensa el público, no ha dudado en realizar un verdadero sacrificio contratando a tan famosa estrella, que ha maravillado al público en las principales poblaciones de España y del Extranjero.

«Nosotros sabemos que la suges-

tiva Pajarita gana quinientas pesetas cada noche.»

—Ya ves, Caralampia, ¡quinientas pesetas diarias por bailar el garrotín! ¿Cuándo he soñado yo con ganar eso ni siquiera al mes, a pesar de llevarme trabajando día y noche? Yo, honrado y decente, apenas puedo sustentar a mi familia, y una *satélite* de esas, con cuatro taconazos y media docena de contorsiones, tira el dinero a puntapiés. Es indudable que, cuando la sociedad deja perecer a los buenos padres de familia y da dineros que tirar a las cupletistas, es que quiere a éstas y no quiere a aquéllos. Dejemos, pues, el trabajo honrado y vamos todos derechos al garrotín.

—¡Pobre Facundo!—le dijo su mujer.—¡Qué has de bailar tú garrotín, ni farruca! ¡Vamos, tú quieres que te maten!

—Pues algo hay que hacer para ganar quinientas pesetas diarias.

—Para ganar, no quinientas pesetas, sino cosa que vale mucho más, basta ser honrado y cristiano. Después de esta vida, los padecimientos y las injusticias sociales llevan al cielo y los garrotines al diablo.

—Sí, pero, entretanto, las cupletistas se ponen las botas y los que estudiamos y trabajamos apenas podemos vivir.

—¿Y tú no sabes, desgraciado, que esta vida... no es la Vida?...

MIGUEL ALVAREZ

CONVERSESE

—Bon día y bon hora, sinyó Rafel.

—Bon día mos done Deu, Cisco. Passa, assentat, me vens com anell al dit.

—¿Yo? Bona l'ham feta. Probe de mi.

—Si; tu que'ts curiosot, y't fices en les coses vostres de fruits y demés, m'has de traure d'un dupte.

—Ben aguiat quedarà. Vataqui este cap de viga. Pero vaiga dient.

—Ahi me va convindre surtia a Ferreries, y baixant lo pont, vaig veure un carro que surtia paca fora y portava dos dispositos d'oli.

—Ya pot sé.

—Com te dich, yo'l vaig veure. A n'este temps me va llamá l'atenció, y ara que't veig, dime, ¿pos qué ancara hi ha molins que molen?

—Tot podria sé.

—¿De Tortosa?

—Aixó si que no hu crech. Si surtia paca fora sirá d'algun poble d'estos.

—¿De pera munt?

—No, sinyó, si'n cas ha de sé de Uldecona, o per n'aquells pobles. Per aqui dalt acaben les aulives mes pronte que natros, pero pel reyne l'any d'oliada van retrassadots.

—¿Pero a n'este temps?

—No diré tant, pero pot creure que acaben cuan fa caló.

—¿Com te hu espliques?

—Tinen unes auliveres que'n fan quatre de les nostres y dihen ells el pelo!

que si les habien d'ascarrá no traurien prou pera jornals.

—Si es així, pot sé tindran rahó.

—No diré que nó; pero també potse farien milló oli, que 'ls valdria més.

—Aixó s' ha de mirá la diferencia.

—A natros mos convé que acabessem pronte.

—No sé per qué.

—Pos molt senzill; ieu! aixó es lo meu paré. Si a natros mos toqués oliada l' any sigüent de tindrella ells, podém donarne, lo menos, la mitat per perduda.

—¿Vols dí? ¿Cóm hu espliques?

—Pos també molt senzill; com ascarren tart y fa hasta caló, allí tot s' aviva, y l' any sigüent natros paguém lo pato. Aixó yo hu hay notat, y ya hu dia mon pare.

—Trovo que pot sé.

—Mire estes dos últimes oliades qué sanes y garrides; recordes de fa uns anys quines pédues teniem perque 's curcaven. Pos no era atre, al meu pobre antendre, que per n'aixó. Si aném á una, podrá haberhi algo, pero no sirá tan desgraciat. Aixó no te volta de fulla; los tortosins som molt més curiosos, mos cuidém més de les terres y abres en relles y destal; pos anguany los retrassats han vist curcades les aulives.

—Comprenc que pots tindre rahó.

—Yo no 'n sé d' atra. Ara, ascolte als de peramunt lo riu. Si 'ls toca l' oliada después d' un any nostre, tremolen y casi perden la cullita; en cambi, si aném a una, no hi noten res. ¿Vol proba més clara?

—Me crech que tens rahó.

—Per n' aixó si yo fos autoritat, li asseguro que, a se possible, mes de quatre finques d' algún sinyorón, que no les porten com cal, les hi pendria y les donaria als pobrets. No son mes que nius de porqueria que mos hu anfesten tot.

—Bon ramey.

—Ni dixaria fe gavells de la rama, sino ben colgadet o cremadet.

—¿Voste sab lo qué perdém?

—M' hu figuro.

—Més de lo que 's pensa; y no pot negá que 'l puntal de la vida de Tortosa es l' oli.

—En aixó no 'm cap dupte.

—Pos cal posarhi tot aquell interés necessari.

—Aixó deuria sé.

—Prou se cuiden de cobrá.

Per la copia,

CISQUET DE QUADERNA.

ENTRE AMIGOS

—Pepito, ¿á dónde vas?

—A la escuela.

—¿A la escuela? Ja, ja, ja; vente conmigo y jugaremos.

—Pero es que tú, Roque, ¿no vas á ninguna escuela?

—¡A ninguna, ni falta que me hace!

—¡Bien se te conoce! ¡Así te luce

—Pero ¿en qué se me conoce, separamos, en qué se me conoce?

—Pues... ¡nada! en esos labios que babeaban blasfemias, en esos aires de perdonavidas que me gastas, en esa estupenda ignorancia de la dignidad del hombre, y sobre todo, sobre todo... en ese odio á la Religión, á la Iglesia y á todo eso que huele, como decís vosotros, á cura y sacristía!

—Pues, chico, para engordar y echarme la gran vida, no necesito de esos requilorios.

—Así mismo, ni más ni menos, podría responder mi perro de lanas; pero aún te lleva ventaja en la prudencia de callar y no proferir ninguna palabra sobre este punto.

—¡Vaya un nivel tan levantado que te has propuesto! ¡Y luego serás tú de esos que se llaman *conscientes*! ¡Vaya con la *consciencia*! ¡Ya le puedes echar unos remiendos, que se le escapan muchas cosas!

La condena de Nakens

El *Motín* publica la sentencia que Nakens ha dictado contra sí mismo, en el pleito que sobre la unión de los republicanos tenía pendiente con los jefes de los distintos grupos.

Es curioso el fallo. Dice así:

«Fallo que debo condenarme y me condeno á dos meses y un día de silencio absoluto, en lo tocante á las *pequeñeces, las miserias, las envidias, los odios y toda suerte de malas pasiones* que constituyen la vida normal de los jefes republicanos, cubiertas con los antifaces del amor á la República, á la moralidad, á la honradez, á la cultura y á la revolución.»

Esto lo dice un republicano tan impenitente como Nakens, el cual debe conocer el paño.

Y ahora se ocurre preguntar: ¿Y son esos hombres cuya vida normal la constituyen *pequeñeces, miserias, envidias, odios y toda suerte de malas pasiones*, los que pretenden hacerse dueños de los destinos del país?

Portugal y España

«Sí; el partido republicano revolucionario, que quiere significar reformation, renovación y purificar dignificando, está perdido, si no vive sujeto á la moral más pura. Por eso el republicanismo español con sus segundas y terceras filas, verdaderamente desdeñables, es, aunque gane muchas elecciones, una triste cosa en absoluta disolución» Así escribia el liberal-republicano *Claudio Frolo*, en una de sus crónicas, y de él lo tomamos y no de ningun escritor de nuestro campo.

El partido republicano, hoy dividido en mil grupos y cabecillas, es la calamidad mayor y el legado que nos dejaron los Borbones entonces destronados. Su actuación dentro de la

política española ha sido perversa sin llegar á entenderse cuando ocuparon el poder y ensayando en aquellos periodos toda una serie de repúblicas y presidentes, de leyes y Constituciones, y dando al traste con el público erario, con la moralidad y con el crédito en el interior, y preparando en el exterior la pérdida de las colonias que presto habiamos de sufrir.

De entonces acá, si no han manguoneado en el Ministerio de Hacienda, han dejado sentir su pernicioso influencia en los Ayuntamientos donde han sido mayoría, que seguramente tardarán años á reponerse de los desbaratados proyectos republicanos. Y en tratándose de cuestiones económicas, de negocios de cal y cemento, han llegado á un común acuerdo los individuos de las diferentes familias: federales y unitarios, radicales, socialistas y reformistas; ¡cosa de pesetas!

De aquí que supongamos van á dejar recuerdo en Portugal los republicanos, si pronto no se procura enderrocár esta República levantada sobre una base de farsas y crimenes, de lo que en parte es responsable la dinastía destronada, que cuando fué tiempo no supo hacer frente á la revolución que comenzaba á imperar.

Lo mismo exactamente que pasó en Francia con Luis XVI, y luego en España con Isabel II, se ha repetido en Portugal, é idénticas tragedias las de París, Madrid y Lisboa.

Parece, en verdad, que Dios se ha propuesto castigar á la Europa, apóstata y masónica. Quiera El que en la vecina nación, digna de mejor suerte, aparezca un émulo del Pavia español, que de una vez acabe con la República carbonaria de Costas y Machados, que darán presto buena cuenta Portugal y sus colonias como liberales y republicanos acabaron con las nuestras y con España si posible fuera y en nuestros días.

¡Cuánta farsa...!

BOCADILLOS

¿Tenía ó no tenía razón EL RADICAL cuando afirmaba que era una comedia, una purísima farsa, todos aquellos discursos y proyectos de Marcelino, y todos aquellos artículos que publicaba «El Pueblo» contra los consumos?

¡Vaya si tenía razón!

Ya som gats vells; y al gat vell no li vaigues en mix-mix.

¡Fuera los fielatos! ¡Abajo los fielatos! ¡Venga un reparto!

Y efectivamente, á los pocos meses Marcelino Domingo presentó un proyecto de reparto, pidiendo, además, que se mantuvieran los fielatos.

Farsa y comedia; comedia y farsa.

¿No vols fesols? Pos bon plat y fondo.

De admitirse el proyecto de reparto de Marcelino, hubiéramos teni-

do las dos cosas: casillas de consumos y, además, reparto.

Pera que 't coga.

Decíamos nosotros que no estaba ahí la mare dels ous; que lo único que podía remediar el conflicto era una rebaja en el cupo, pero una rebaja verdad, una rebaja que redujera el cupo á una cantidad adecuada á la que Tortosa podía pagar.

Pero, predicar en desierto, sermón perdido.

¡Fuera fielatos, fuera consumos!

Y tórnali la trompa al xich, que li costa mol's dinés.

Y d' aquí no 'ls podiem traure.

Pero hablóse, por último, de nombrar una comisión que fuera á Madrid á gestionar la rebaja, y... *¡calleu, que han pegat un tiro!* Los republicanos de «El Pueblo» y los republicanos del Ayuntamiento vieron abierto el capítulo de «Gastos imprevistos», les pareció que era llegada la ocasión de hacer un viajecito á Madrid pagando Tortosa, y... *¡tira cap a Madrid!* á buscar la única solución!

Solución que sabíamos nosotros no habían de encontrar, porque es cosa sabida que mandando el liberalismo reina la tiranía, y no cabe esperar remedio ni alivio de ninguna clase.

Y en coche de primera fué allá Marcelino, en compañía del diputado monárquico señor marqués de Villanueva y Geltrú.

¡Infelices! *¡Quina ensarronada!*

Volvieron de Madrid, como era de temer, *en la coa feta y en los neulés al coll.*

Y la facturita de gastos de viaje, por supuesto.

Consiguieron una rebaja de ¡ocho mil pesetas! Y aún gracias á las activas gestiones del digno y celoso diputado, etc., etc.

Van aná á cassá perdius, y van matá un gafarró.

Conste, ante todo, que ninguno de los comisionados tuvo la culpa del fracaso.

Pero lo consignamos para que el hecho no se olvide y para que sepan todos los republicanos que con directores como el que se les ha impuesto, lo que consiguen es desacreditar á un partido como agrupación política, porque carece de programa administrativo y un día defiende una cosa y mañana la contraria.

Ahora resulta que tenía razón EL RADICAL al sostener que no era posible sustituir el impuesto de consumos mientras el Gobierno mantuviera el cupo actual.

Así lo confesaron los concejales republicanos al decir en la sesión secreta del Ayuntamiento, según nos cuenta «El Pueblo»:

«Se demostró por los republica-

nos que «el excesivo cupo que ha de abonarse al Tesoro es causa de que no puedan suprimirse los consumos.» *¿Veyeu, republicáns? ¿Ho sentiu? Marcelino ha dit que no 's poden suprimi 'ls consums.*

Mucho le ha costado; pero, al fin, ha tenido que confesarlo.

No 's poden suprimí 'ls consums.

¿Para qué, entonces, aquellos mitines, aquellos discursos en la Plaza de Alfonso XII?

¡Quina pasterada!

Lo dijo bien claro Marcelino Domingo en la sesión del día 15:

«Tortosa no puede pagar el cupo. » Por lo tanto, debe pedirse al Estado que lo rebaje, no en una cantidad pequeña, que no remedie nada, sino en una cantidad justa, en cien mil pesetas lo menos.»

«Conseguida esta rebaja, nadie podrá oponerse á la supresión de los fielatos.»

Luego si no se consigue esta rebaja, cien mil pesetas, los fielatos no pueden suprimirse.

Pues entonces, ¿por qué los republicanos, y Marcelino Domingo al frente, pedían á voz en grito que se quitaran las casillas, sabiendo que era imposible suprimirlas sin esa rebaja?

¿No es ello una prueba evidente de que todo era una farsa, una comedia?

Vayamos, pues, á buscar esa rebaja de cien mil pesetas. ¿Cómo lo conseguiremos?

De una manera muy sencilla, según Marcelino Domingo. Oíganle ustedes:

«Para conseguir esta rebaja, el Ayuntamiento debe adoptar una resolución enérgica. Si no se adopta esta resolución, nose conseguirá nada y el año que viene subsistirán igualmente los fielatos.»

Venga, pues, esa resolución y acabemos de una vez; ¿no vé V. que la estamos esperando en *candeletes?*

Pero, hablemos en serio, y no *val á riure.*

«Esta resolución, en concepto de los republicanos, no es otra que presentar irrevocablemente la dimisión si no se logra lo que se pide.»

¡Bassinada, y bassinada republicana!

¡Presentar la dimisión! ¿Si crearán esos ciudadanos que nosotros nos mamamos *lo dit?*

Ni vendrá la rebaja, ni Marcelino presentará la dimisión.

Eso ni *cale* decirlo.

Como no la presentaron tampoco los catorce republicanos que años atrás constituían mayoría en el Ayuntamiento.

Y el cupo era el mismo.

Sólo que ahora la cosa se ha puesto seria y quieren hacer pinitos.

Pero á Tortosa no la *enganyen catos.*

¿Quién se acordaría de Marcelino

Domingo en Tortosa si no fuera concejal.

¡La dimisión! Primé morí que perdre la vida.

Ya lo saben, pues, los republicanos y los obreros y los labradores y todos el mundo:

Marcelino Domingo ha *baixat del burro*; Marcelino Domingo ha reconocido y confesado que, efectivamente, EL RADICAL tenía razón.

Si no se consigue una muy notable rebaja en el cupo, no es posible suprimir los consumos.

Y como esa rebaja no la concederá el Gobierno, porque le conviene tener siempre amarrados á los Ayuntamientos, de ahí que los consumos no se suprimirán ni se quitarán los fielatos.

Lo repetimos: esto ya no lo dice solo EL RADICAL; lo afirma también y lo sostiene Marcelino Domingo.

Fijense bien nuestros lectores en lo que defendieron los republicanos ante el Gobernador:

«El cupo que el Ayuntamiento ha de pagar al Tesoro es excesivo; Tortosa no puede pagarlo.»

Pues si eso cree Marcelino Domingo, y esa es la verdad, ¿á qué presentar aquellos proyectos de reparto? ¿Por qué nos decía que con aquel reparto era posible pagar al Tesoro?

¿Aquello no era engañar á los lectores de «El Pueblo» y á cuantos daban crédito á las afirmaciones de Marcelino Domingo?

¡Pobres republicanos! *¡Ya van ben calats per l' aigual!*

Los porten com a llana de bo-rrego.

Lerroux ha estado en Valencia con objeto de reorganizar aquellas huestes republicanas, que andan dispersas.

Y para recibir á tan gran caudillo se juntaron hasta media docena de personas.

¡Quí t' ha vist y quí t' veu!

Pero, lo que dirá Lerroux: Antes tenía miles de partidarios y seis pesetas.

Ahora tengo seis partidarios y miles de pesetas.

Prefiero lo de ahora á lo de antes.

¡Y á la República que la parta un rayo!

En Portugal se ha dedicado una calle a Soriano y se le ha propuesto un mensaje de gratitud.

Cuentan de España, que un día tan mal de gobierno andaba, que sólo se gobernaba con lo más malo que había.

—¿Habrà otra, entre sí decía, más desgraciada que yo?—

Y cuando el rostro volvió halló la respuesta, viendo que iba Portugal cogiendo los hombres que ella arrojó.

Según vamos conociendo, lo ocurrido en Portugal, crece nuestra indignación y aumenta nuestra repugnancia.

Los probos é íntegros republicanos portugueses han robado á los muertos y heridos y prisioneros realistas ¡hasta la ropa!

De los prisioneros, algunos permanecen por las cárceles... ¡desnudos!

De los heridos, no pocos han estado dos y tres días sin asistencia médica ni curación de ninguna especie, desangrándose, retorciéndose, sufriendo horriblemente, muriéndose á chorros..., que es quizás lo que se pretende.

¡Bien por la fraternidad republicana!

¡Asquerosas crueldades, dignas de los que comenzaron por desterrar la fe y la caridad, y han terminado por expulsar á la humanidad!

Ya se sabe que todas las bofetadas que se pierden se las encuentra Soriano.

Ahora se ha encontrado una en Orense, que ha sido de órdago.

Aunque haya sido aplicada por una blanca mano.

Soriano se jactaba de haber obrado como un espía con los monárquicos portugueses.

La señora de uno de esos realistas, cuya última tentativa no ha sido coronada por el éxito, no pudo escuchar con calma las fanfarronadas de Soriano, y ¡plaf! le asestó una bofetada de cuello vuelto.

La bofetada ha tenido una resonancia mundial y todo el mundo la ha encontrado merecida.

Parece que el «batallador diputado» se dedica ahora á ensanchar su cara, donde no cabían ya más bofetadas.

Ya pot tirá per metros quadrats.

Los republicanos del Ayuntamiento de Barcelona no han sabido administrar los intereses comunales; pero los propios, ¡vaya si han sabido!

Uno de ellos, que hace pocos años no tenía sobre qué caerse muerto, adquiere ahora fincas que valen muchos miles de duros.

Y eso que el cargo es gratuito.

Claro es que nadie piensa que eso lo haya hecho robando.

¡Ejem! ¡ejem!

Los jóvenes rebeldes de Barcelona no quieren celebrar ningún mitin ni echar ningún discurso hasta que haya triunfado la República en España.

Eso equivale á condenarse á muerte perpétua.

Porque la República en España triunfará el día del juicio final.

Por la tarde.

¡N' estém massa escarmentats!

EL RADICAL

SEMANARIO POPULAR

Redacción y administración:

PLAZA O'CALLAGHAN, 5

ANUNCIOS

à precios convencionales

IMPRENTA

* D E *

FRANCISCO BIARNES

Plaza de O'Callaghán, 5 (frente al ex-hospital)

TORTOSA

En este establecimiento, que cuenta con numeroso personal, así como con abundancia de material, se imprimen toda clase de trabajos, por delicados que sean, á precios económicos.

J. FERRER

MÉDICO

Especialista en enfermedades de mujeres y niños

PARTOS

Consulta de 10 á 1 y de 4 á 6

Plaza Catedral, núm. 2, principal